

MI CIUDAD

# Montpellier, la ciudad de los 1000 años

*Un legado histórico contrastado con la modernidad*

TEXTO Y FOTOS: ADRIANA HERRERA

Las ciudades pequeñas adquieren una dimensión diferente cuando se les ve de noche. La mayoría de los negocios están cerrados, pero aún hay gente en camino hacia algún bar o conversando mientras cenan. La ciudad entra en un sopor quieto, en un silencio que permite distinguir sus otros sonidos: el del tranvía, las bicicletas, los pasos apresurados, la música agazapada en un callejón. Entonces, cuando resurge el día y las calles de nuevo se llenan de movimiento, queda la sensación de estar ante otra ciudad, una en la que es mucho más fácil desandar. Después de verla vacía, solo queda armar las piezas.

Eso pasa con Montpellier, ubicada al sur de Francia, en una tierra llena de contrastes: callejones antiguos, edificios modernos, espacios naturales, viñedos y el Mediterráneo, para cuando se quiera escapar de la rutina. Si bien se percibe un ambiente juvenil, Montpellier también es un remanso de descanso para quienes desean estar tranquilos en un lugar sin mucho ajetreo.

Quizá el primer punto de referencia sea la Place de la Comédie, en el Écusson, el centro histórico de la ciudad, uno de los espacios peatonales más amplios de Europa. Aquí confluyen los tranvías. Es el lugar de encuentro para ir a cualquier otro barrio –como Beaux Arts, Figuerolles o Arceaux– y el inicio de las calles medievales, terrazas, conversaciones largas, música, *performances* y visitas guiadas. Esta plaza hay que verla apenas al llegar uno; así, Montpellier comienza a extenderse en la mirada.

La mejor forma de caminar por el Écusson es sortear los callejones sin mucho orden para desembocar en la catedral de Saint-Pierre, contigua a la Facultad de Medicina y famosa por su arquitectura adornada con gárgolas. Luego se puede seguir hacia la calle Foch, para tener la mejor perspectiva del Arco de Triunfo y la Place Royale du Peyrou, donde la gente se reúne a hacer pícnicos, caminar y aprovechar los días de sol; todo mientras se aprecian los balcones, los patios, la ópera, las tiendas de antigüedades y varias curiosidades más, como

Montpellier empezó a escribir su historia a finales del siglo x. Su encanto medieval se aprecia en las fachadas, balcones y ventanales del centro de la ciudad.



el Museo Languedocien, el de Du Vieux o el Fabre de Montpellier Méditerranée Métropole, considerado uno de los más importantes museos de bellas artes en Francia. A partir de sus construcciones y la belleza de sus diseños, se pueden entender los 1000 años de historia de la ciudad.

En ese ir y venir no hay que dejar de lado el Jardín de Plantas de París, el más antiguo de Francia (1593), y la Esplanade Charles de Gaulle, con sus cafés, tranquilidad, monumentos y conexiones con otras calles medievales, además de algunos edificios emblemáticos, como el Palais de Justice (1853), el Couvent des Ursulines (1641) o Le Corum (1968), que hoy funciona como Palacio de Congresos.

Más allá de los callejones aparece el Montpellier contemporáneo. Una ciudad dentro de otra que se llena de luces, compras, arquitectura futurista y muchos espacios para descansar al lado del río Lez, que atraviesa la ciudad al tiempo que la alimenta de agua potable. También se puede llegar a sitios de buen ambiente, como Marché du Lez –un espacio que reúne a artesanos y comerciantes–, para, desde ahí, volver a la ciudad a pie o en bicicleta y ver todos sus contrastes.

De este lado, todos hablan del Odysseum, un centro comercial que se convirtió en referencia de la zona, al igual que

En el sentido de las manecillas del reloj: fuente Las Tres Gracias, Place de la Comédie. Estatua de Luis XIV, Place de Peyrou. Marché du Lez, donde se venden productos artesanales los fines de semana. El Arco del Triunfo se construyó en una de las puertas de la antigua muralla, en 1692.

la Place du XXe siècle y sus 10 estatuas de personajes políticos del siglo xx, dispuestas entre algunas casas de campo de finales del siglo xvii.

¿Y el Mediterráneo? Apenas a 11 kilómetros desde el centro de la ciudad, el mar invita a olvidar todo lo demás. Lo mejor es que, para llegar a playas como Carnos, La Grande-Motte, Le Grau-du-Roi, Palavas-les-Flots, Villeneuve-les-Maguelone o Frontignan, hay líneas de autobuses y tranvías de fácil acceso, además de la posibilidad de alquilar bicicletas y pasar un día distinto a la orilla del mar.

Entonces, allí en la arena, mientras te llenas de sol y brisa, Montpellier se ve a lo lejos como una invitación silenciosa para seguir caminando por sus rincones llenos de historia, contraste y quietud. Así, se vuelve una interrogante, un libro abierto que provoca leer con atención para no perdernos ninguno de sus detalles.